

ALBERTO MONREAL

BASTA DE BULOS (CONTRA LA PESETA)

■ Sé quién los está lanzando

■ Lo que no pienso es salir con otro mentís oficial a una devaluación



cione, y todos tan contentos, ¿no? Hay que pagar lo que se consume. Si paga Hacienda, pagamos todos y nos metamos en una economía ficticia insostenible. Sobre todo, de cara a nuestra incorporación a Europa.

Me cuenta un caso curioso:

—Figúrese que hemos estado subvencionando a un mismo tiempo exportaciones e importaciones. Hasta tal punto que ha habido quien, sacando y entrando luego el mismo producto, ha obtenido unas ganancias regulares.

Ya va a empezar el acto. Todavía el ministro me dice:

—Tenemos una moneda firmísima. Apoyada, además, en reservas oro.

—¿Y aquello de los dólares?

—Aquello, que armó tanto jaleo, fué nada más que una operación de liquidez. Teniendo en cuenta la composición de nuestras reservas, constituidas fundamentalmente por oro, es como quien recibe un pequeño préstamo en dinero, respaldado por una gran fortuna inmobiliaria. Ni más, ni menos.

Todavía, Monreal me dice:

—Pero quizá lo que más me preocupe sea lograr que la seguridad en el empleo sea compatible con la flexibilidad de las empresas en su modernización. Esa es la cuestión clave. Una cuestión social y económica a la vez.

Le retengo aún unos momentos. La cena de los premios literarios está a punto de empezar.

—¿Qué va a pasar con los precios, entonces?

—Bueno, a mí me preocupa sobre todo que no suban con mayor rapidez que en otros países. Esa es la fortaleza de nuestra moneda, Aguirre.

Ha comenzado a tocar una orquestina de lo menos literario que puede imaginarse. Mi mujer y yo avanzamos buscando sitio entre las mesas, plétóricas de un público bullicioso. Hay expectación, una expectación nerviosa. Mi mujer me dice:

—Oye, no publicarás eso, ¿verdad? ¡Son cosas tan gordas!

Yo la tranquilizo con eso de los periodistas y los niños, que puse en primer lugar.

LOS periodistas constituyen, junto con los niños, una particular especie humana a la que hay que perdonar el pecado de impertinencia. Y si no se les perdona, tanto peor, porque los niños y los periodistas se quedan tan anchos. Yo comprendo que abordar a la entrada de un acto literario al ministro de Hacienda y soltarle la palabra «devaluación» supone una osadía sin nombre. Pero lo de verdad importante es ver cómo reacciona ante esa osadía. Primero se sonríe, yo creo que con un cierto aire zumbón. Luego dice:

—Según Keynes, lo que no soporta ninguna moneda del mundo es el mentís repetido a una devaluación.

—Eso quiere decir que...

—Que lo que no pienso es salir con notas oficiales diciendo que no hay devaluación. Simplemente, eso.

Luego argumenta:

—¿Usted conoce algún síntoma, alguna señal que en estos momentos puede inducir a una debilidad de la peseta? Yo quisiera que alguien de los que están propagando esos rumores me diese un mo-

tivo; aunque fuese uno sólo. No, Aguirre, no. La realidad es que hemos saneado sustancialmente nuestra balanza de pagos. En estos meses, que suelen ser meses de salida de divisas, hemos tenido superávit. Y, además, antes de devaluar, ¡tendríamos que tomar tantas otras medidas!

Me habían contado que el otro día, cuando, a las nueve y media de la noche, Monreal iba a salir de su despacho, le llamaron desde Viena. «Me dicen que en estos momentos estáis devaluando la peseta.» «Bueno —respondió el ministro—, en estos momentos lo que yo iba a hacer era irme a dar un paseo por Madrid.» Se lo cuento, y se echa a reír. Parece que la anécdota es cierta.

—Sé quién está lanzando esos bulos. Pero no quiero dar nombres.

Alberto Monreal me revela entonces una de sus posiciones tácticas.

—Nada de paquetes de medidas. Vigilancia en todo instante y actuación ágil y flexible. Sobre todo, siempre atentos a los precios. Sostener los precios que, conste, no es decir que el Tesoro subven-

Joaquín

AGUIRRE BELLVER